

Las Islas de Juan Fernández

MARIO ORELLANA
ALBERTO MEDINA
PATRICIO MOREL
MAX RUH
ROBERTO HERNANDEZ
JULIA MONLEON

BIBLIOTECA NACIONAL



0304013

PUBLICACION DEL DPTO. DE CIENCIAS ANTROPOLOGICAS Y ARQUEOLOGICAS
U. DE CHILE. SEDE ORIENTE, FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS.

HISTORIA DE LOS PRIMEROS POBLAMIENTOS DE LA ISLA ROBINSON CRUSOE

MARIO ORELLANA R.

HISTORIA DE LOS PRIMEROS POBLAMIENTOS DE LA ISLA

ROBINSON CRUSOE

Las islas de Juan Fernández fueron descubiertas en 1574 por un marino español, prácticamente desconocido. Estas islas, que llevan hoy día el nombre de su descubridor, fueron llamadas por él "Santa Cecilia", debido a que las encontró el 22 de Noviembre.

Las circunstancias del descubrimiento han sido investigadas sobradamente por Benjamín Vicuña Mackenna (1), y sobre todo por el extraordinario investigador José Toribio Medina (2). También en las presentes páginas el investigador Alberto Medina Rojas entrega un cuadro bastante completo de la isla, de las circunstancias históricas que rodean el descubrimiento y del propio piloto español.

Es conveniente, sin embargo, insistir en dos o tres datos fundamentales y sobre todo discutir la veracidad de las afirmaciones de varios autores, el padre Rosales, el historiador B. Vicuña Mackenna, y muchos otros, que el piloto Juan Fernández fue el primer colono, el primer poblador y el primer industrial de las islas que descubriera.

Tal como dicen los estudiosos la navegación entre el Perú y el Reino de Chile, entre el Callao y Valparaíso u otro puerto del largo litoral chileno, era difícil y demorosa. Por culpa de los vientos sureños y de las poderosas corrientes contrarias, las frágiles naves que partían del puerto de Lima (El Callao) demoraban tres o más meses en alcanzar el puerto de Valparaíso.

Demorando este tiempo llegó por primera vez a Valparaíso el joven Juan Fernández, hacia 1550.

Entre 1560 y 1574 navegó en varias oportunidades sin alcanzar el título y rango de piloto mayor del Mar del Sur.

Eran otros los marinos que merecían ser mencionados en los documentos oficiales; entre ellos se encontraban Francisco de Ulloa, Juan Ladrillero, Sarmiento de Gamboa y Lamero Gallego de Andrade.

Fue este último quien aconsejó a Juan Fernández alejarse de las costas e internarse mar adentro, hacia el Oeste, para evitar los vientos contrarios. Así en 1574 pudo descubrir no sólo las islas de Santa Cecilia, sino también las de San Félix y San Ambrosio. Estas últimas las diviso el 6 de Noviembre, y las primeras el 22 de Noviembre.

Muy probablemente navegaba con dos barcos, siendo uno de ellos "Nuestra Señora de los Remedios".

(1) B. Vicuña Mackenna: "Juan Fernández. Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe". Santiago de Chile, 1883. En especial los 4 primeros capítulos.

(2) J. Toribio Medina: "El Piloto Juan Fernández". Santiago, 1918. (2ª Edición. Ed. Gabriela Mistral 1974). El libro de Medina modifica sustancialmente los datos de Vicuña Mackenna, en los primeros 4 capítulos.

Ya en conocimiento de la nueva ruta, el piloto Sarmiento de Gamboa demoró, en 1579, 23 días entre El Callao y Coquimbo. Este mismo viaje lo había hecho García Hurtado de Mendoza, en 1557, en dos meses y 21 días.

Años más tarde, alrededor de 1589, podrá Fernández hacer uso del título de "piloto mayor de este mar del Sur"; pero antes de este reconocimiento vuelve a internarse hacia el Oeste, por el Pacífico, hasta alcanzar, en 1576, las islas de Nueva Zelandia, siendo incluso probable que haya llegado hasta Australia. El historiador Vicuña Mackenna no está de acuerdo que se atribuya al piloto Fernández estos descubrimientos (3), pero José Toribio Medina, en cambio, no duda ni un solo momento de que Fernández haya llegado hasta Nueva Zelandia, o por lo menos a las islas de Tahití.

En los últimos años del siglo XVI se retira hacia Rautén, en Quillota y muere en 1599, dejando a su viuda Francisca de Soria con su único hijo llamado Diego.

La vida de Juan Fernández está cubierta de leyendas, en parte debido a una insuficiente documentación. El historiador Vicuña Mackenna, por ejemplo, siguiendo a otros autores, recuerda que fue enjuiciado y absuelto por el Santo Oficio de Lima, e incluso señala "su nombre popular de hechicero". José Toribio Medina rechaza enérgicamente esta opinión que desde el siglo XVIII es aceptada prácticamente por todos los estudiosos. Lo que sí es seguro es que otro marino famoso, Pedro Sarmiento de Gamboa fue procesado por el tribunal, ya en funciones en la capital del virreinato, en 1574.

Además de la acusación de hechicería, que continúa abierta a la discusión para algunos investigadores, hay otro mito que cubre a Fernández y que debemos analizar críticamente.

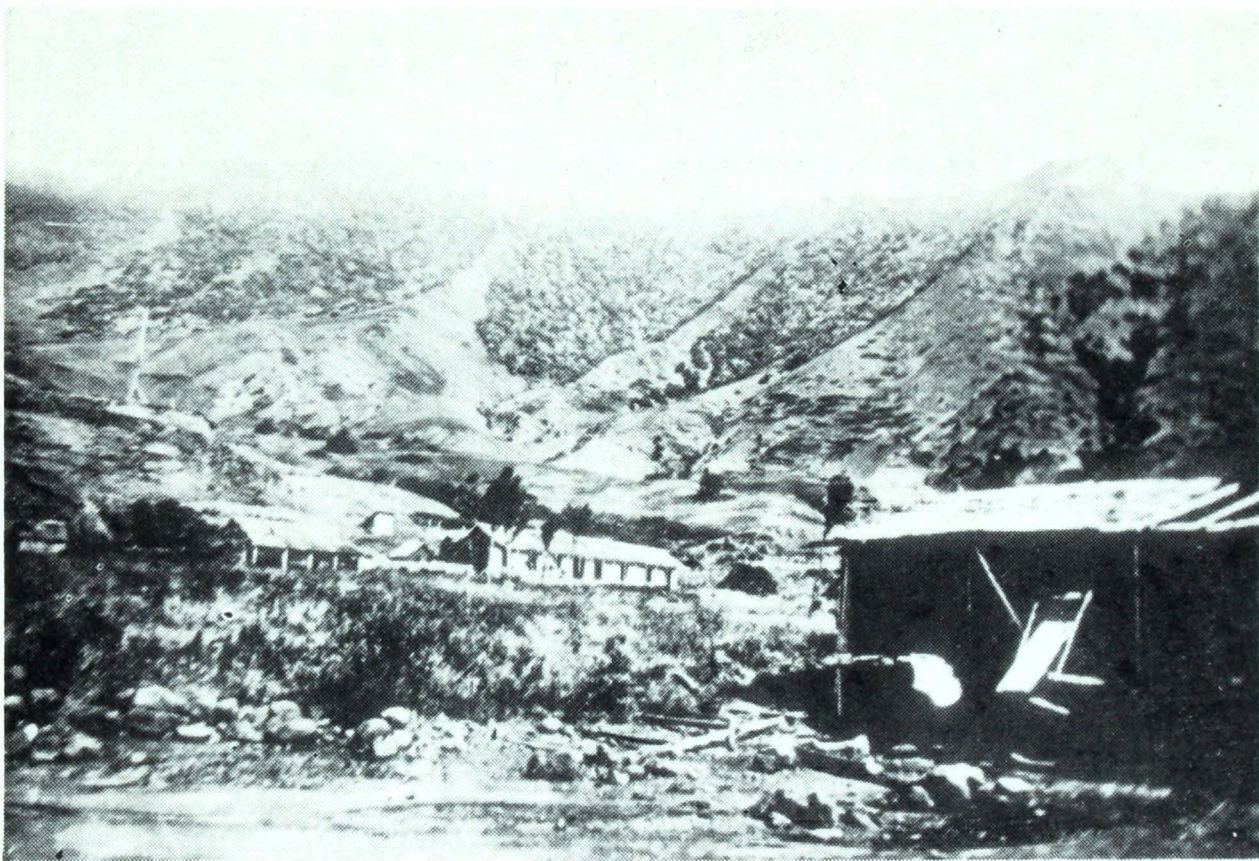
Reiteradamente se ha escrito que Juan Fernández no sólo fue el descubridor de las islas de Santa Cecilia, sino que su primer colonizador. Ciertamente es Vicuña Mackenna quien escribe, siguiendo al padre Rosales, "es el hecho cierto i comprobado de haber sido Juan Fernández el primer colono, el primer poblador i el primer industrial de las islas que descubriera i que en premio (o por abandono de menosprecio a tan remoto feudo) cediéraselo el rei o sus lugar-tenientes en el Perú i en Chile" (4).

Ya el padre Diego de Rosales había escrito en el siglo XVII: "Dió principio Juan Fernández con otros españoles de su opinión a la población desta isla, metió en ella sesenta indios, fabricó casas de madera y paja al uso de la tierra, trajo y crió ganados, cogía gran suma de pescado y haciendo del considerables grangerías entabló comercio con el Perú y las ciudades más cercanas de este Reyno. Sacaba mucho aceite de unos lobos grandísimos que salen a la playa, que son todos de azeite, de suerte que colgando un pedazo al sol va destilando y desaziéndose hasta que no queda del sino una babaza i en el Perú se lo compraban todo para los obrajes" (5).

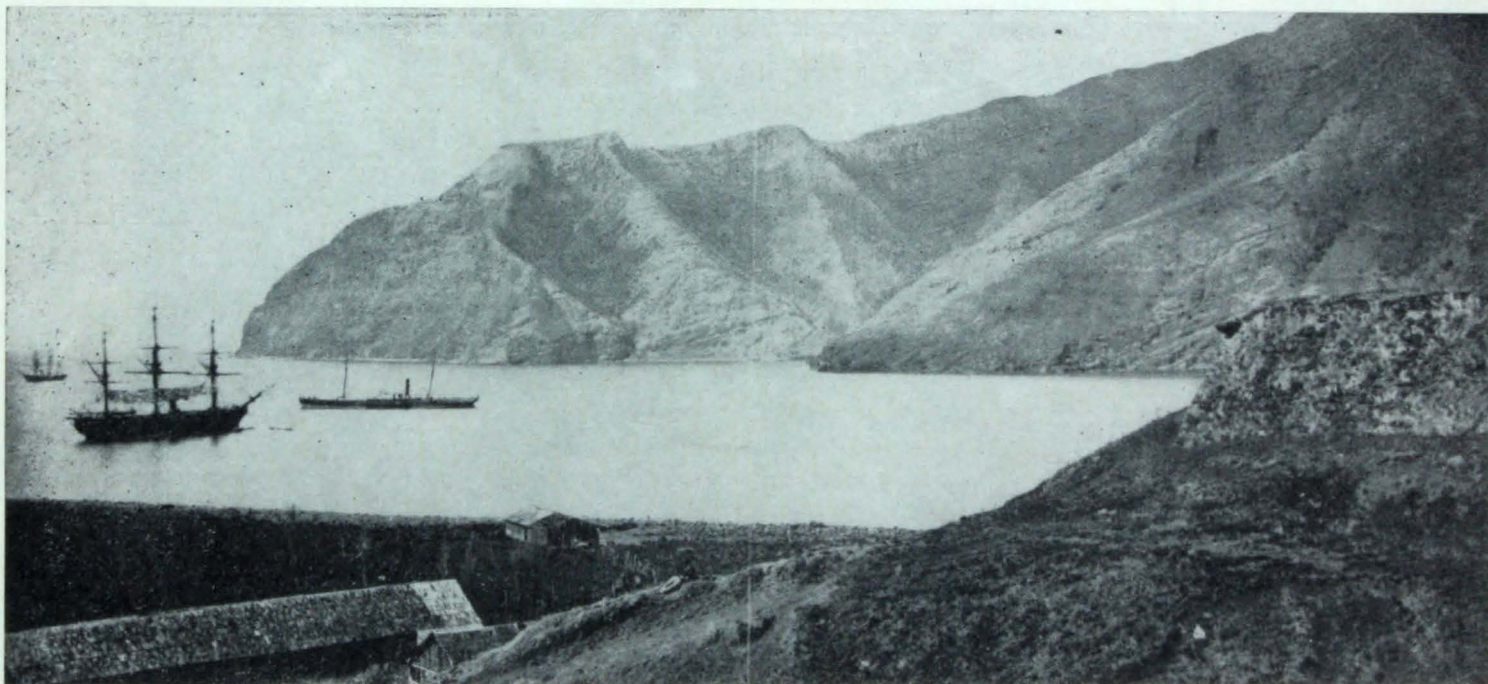
(3) Vicuña Mackenna, obra citada, cap. III "¿Descubrió el piloto Juan Fernández la Nueva Zelandia i la Australia?"

(4) Vicuña Mackenna, ob. cit.; cap. IV, pág. 83.

(5) P. Diego de Rosales, Historia General de el Reino de Chile, Flandes Indiano. T. I. pág. 285.



F. 1. Fotografía tomada a comienzos del presente siglo. Muestra parte del fuerte Santa Bárbara y algunas casas.



F. 2. Fotografía tomada a comienzos del presente siglo. Aparece a la derecha el muro del fuerte cubierto de cal.

Después que Juan Fernández murió, continúa Rosales, "fueron otros españoles a aprovecharse de las maderas y pesquerías de la isla, y después ha estado por muchos años desierta y siendo yo provincial de la provincia de Chile, intenté poblarla para que la Religión se aprovecharse de las utilidades que en aquella isla tiene" (6).

Lo expuesto por Rosales, aceptado por B. Vicuña Mackenna y por tantos otros, no lo es por José Toribio Medina. Escribe Medina: Desde luego, en documento alguno se halla la menor alusión a ese principio de colonización de las islas por el piloto descubridor" (7).

Debemos reconocer que lo narrado por el padre Rosales, quien visitó la isla aproximadamente en 1664, no debería merecer duda; parece lógico que el descubridor intente también colonizar. Incluso podría pensarse que Rosales hace justicia a Juan Fernández. Sin embargo, la falta de documentación a que hace alusión Medina deja el problema planteado. ¿Cuándo y quién colonizó por primera vez la isla de Santa Cecilia? El propio Medina da a conocer un documento que incorpora un nuevo personaje, fundamental en la historia de las islas. El capitán Sebastián García, que obtuvo parte de la isla el 20 de Agosto de 1591, del gobernador del Reino de Chile don Alonso Sotomayor, se convierte así en el primero o en uno de los primeros colonos.

Parte del documento del gobernador Sotomayor dice: "Don Alonso de Sotomayor, caballero del orden de Santiago, gobernador, capitán general y justicia mayor deste reino de Chile, por el Rey nuestro Señor, etc. Por cuanto soy informado que vos el capitán Sebastián García habéis servido a su Magestad en este reino de muchos años a esta parte, trayendo en esta costa vuestros navíos, con los cuáles habéis acudido a los socorros e provisión de las fronteras deste dicho reino en tiempos que ha sido de particular servicio a su Magestad; e por vuestra parte se me ha hecho relación que en la isla de Santa Cecilia, o en el puerto que llaman de Todos Santos, que es en esta costa, habéis comenzado a hacer cierta pesquería y tenéis en ellas otras granjerías de comercio para este reino, y tenéis necesidad de que se os haga merced de algunas tierras que sean vuestras en la dicha isla; por tanto en, nombre de su magestad, e por virtud de la cédula real que para tierras tengo, os concedo y hago merced de quinientas cuabras de tierras en la dicha isla, en la parte y lugar que en ella señalaredes, atento a los dichos vuestros servicios e a que la dicha isla cae en la graduación de los términos deste dicho reino; y os doy comisión para que podáis señalar las dichas tierras y posesionaros en ellas, que yo, por la presente, en nombre de su Magestad, os hago la dicha merced, y os doy este título en señal de la posesión real de las dichas tierras" (8).

Por este documento se pueden conocer varios nombres, actividades económicas e incluso una fecha post ante quem. Así sabemos que la primera localidad habitada por los españoles se llamó "Todos Santos", que en este lugar, antes de 1591, existía ya pesquería, organizada por el capitán García, y que desde el año recién mencionado adelante la isla perteneció al esforzado capitán García.

(6) P. Diego de Rosales, ob. cit. pág. 285.

(7) José Toribio Medina, ob. cit. pág. 171.

(8) José Toribio Medina, ob. cit. págs. 172-173.

Pudo haber sido este mismo personaje, el que años más tarde ingresó a la orden de los jesuitas y legó sus tierras a la orden (9). Se entiende así el interés del padre Rosales por la isla de Santa Cecilia, quien intentó poblarla nuevamente. La primera mitad del siglo XVII la isla permaneció prácticamente desierta, a pesar de la riqueza de sus maderas y de la fauna marina.

El jesuita historiador enriqueció la flora de la isla y pensó en fundar una misión. Su visita a la isla le sirvió para llamar la atención de la acción destructora de las cabras en la flora: "de suerte que no caben y desnudan los árboles que están descortezados y deshojados hasta donde alcanzan empinándose".

Sin embargo, todo fue en vano. La isla poco a poco se convirtió en lugar de estada de los piratas, de tal manera que cuando en 1675 tocó en ella la expedición de don Antonio de Veas se dejó en ella perros de presa para destruir las cabras y toda posibilidad de vida que pudiese ayudar a los enemigos de España.

Es larga la lista de corsarios, piratas y filibusteros que en el siglo XVII y primera mitad del XVIII llegaron a las islas de Juan Fernández. Entresacando nombres podemos recordar los casi legendarios de Dampier, Sharp, Davis, Strong, Rogers, Shelvoke y otros. Estos corsarios y filibusteros penetraron en el Pacífico sobre todo después que Morgan conquistara Panamá en 1670 y convirtieron a las islas en paradero obligado, antes de continuar a las costas y puertos del reino de Chile y del Perú.

En 1704, para mencionar un hecho directamente relacionado con la literatura universal y con una historia bellamente escrita, el capitán Hradling con su buque "Cinco Puertos", llegó a la isla y dejó en ella a un marino, quien por su propia voluntad prefirió quedarse en la selvática isla y no continuar con sus compañeros de viaje. Este marino se llamaba Alejandro Selkirk y vivió solo cuatro años y cuatro meses, hasta que fue recogido en 1709 por el capitán Wodes Rogers.

Una placa colocada por el Comodoro Powell y los oficiales del "Topaze", en 1868, en el lugar denominado El Mirador, lugar de altura que permite contemplar la isla y sus alrededores tanto por el norte como por el sur, recuerda la aventura de este marino, eterno enamorado de la isla, que muy posiblemente sirvió a Daniel Defoe para crear la figura de Robinson Crusoe.

En 1741 el comodoro Jorge Anson, futuro Lord, llegó a la isla con su nave "Centurión", permaneciendo en ella 7 meses, con el fin de obtener el restablecimiento de sus hombres, muchos de ellos enfermos de escorbuto.

Fue el comodoro Anson quien dió el nombre de Bahía Cumberland al lugar que arribó, denominación que aún se conserva a pesar de los esfuerzos de los españoles por llamarla San Juan Bautista. La estada prolongada y tranquila del comodoro inglés demostró al Gobierno de España la necesidad de ocuparla no sólo con colonias sino que militarmente.

(9) Vicuña Mackenna menciona a don Juan Fernández Rebolledo como el español dueño de la isla "cuando ya viejo i cansado como su donador cediólo a los jesuítas, en cuya orden parece que entró..." ob. cit. pág. 99.



Foto 3. Lado occidental del fuerte Santa Bárbara.

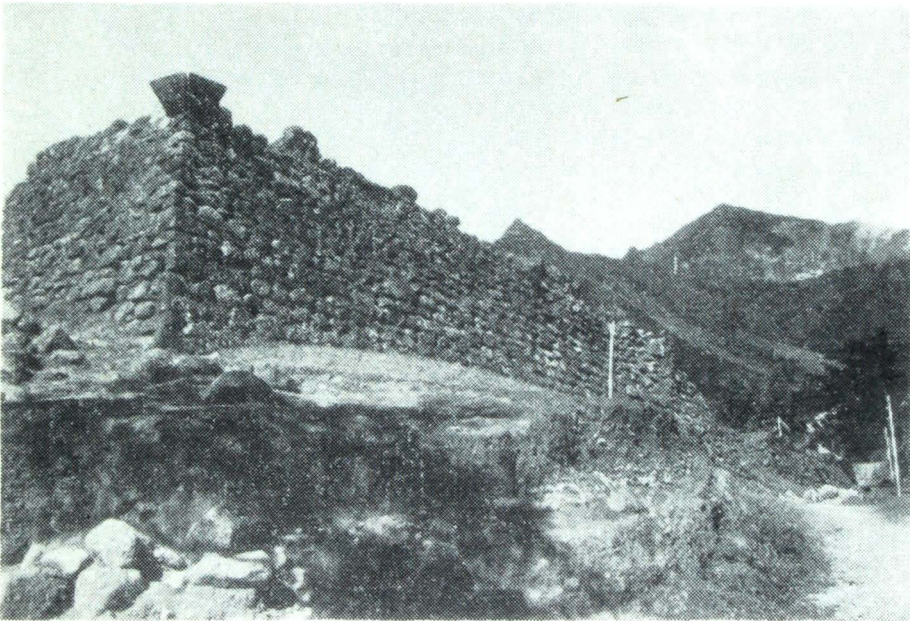


Foto 4. Esquina nord-occidental del fuerte mostrando sus altas murallas de piedra.



Foto 5. Detalle de la esquina nord-occidental del fuerte mostrando la piedra fundamento de la garita.

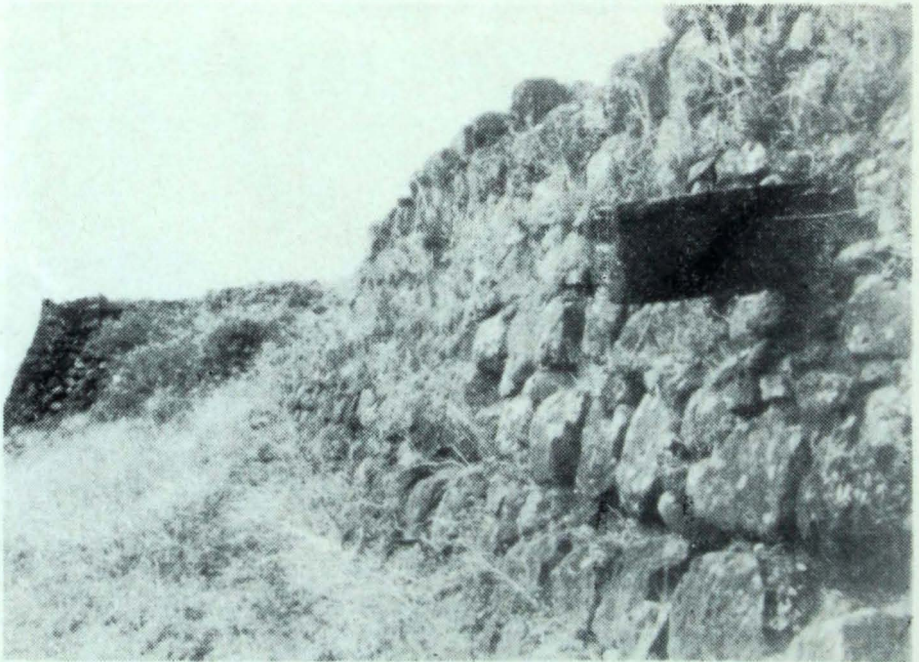


Foto N° 6. Lado occidental del fuerte antes de iniciarse los trabajos de restauración.

Comenzaría, así, la segunda gesta colonizadora que continúa hasta hoy día, plena de aventuras y ansiedades.

Por decisión del Virrey del Perú, Villagarcía, partieron del Callao los capitanes españoles y científicos de renombre, don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, al mando de los barcos Nuestra Señora de Belén y La Rosa, en demanda de las islas de Juan Fernández.

Hiciéronse a la vela el 4 de Diciembre de 1742 y llegaron a la isla de Más Afuera el 7 de Enero de 1743.

Los distinguidos marinos españoles pretendían expulsar al marino inglés Anson, pero no lo encontraron, y sólo se ocuparon en estudiar su fauna y flora, en hacer mapas y recorrer sus costas.

A pesar que algunos estudiosos han escrito que estos marinos fortificaron y poblaron la isla no hemos encontrado evidencias de tal hecho (10).

Sólo algunos años después, en 1749, la corona de España promovió la población y fortificación de la isla.

El Virrey Amat años más tarde daba cuenta de esta empresa colonizadora y de sus razones profundas, así: "Por real orden de 7 de Marzo de 1749 participó S. M. a mi antecesor que la Inglaterra disponía hacer establecimientos en las islas de Juan Fernández, o en el archipiélago de Chonos, con ocasión de que el vice almirante en la relación impresa de su expedición a estos mares del sur convidaba a su nación a semejante empeño por las utilidades y ventajas que les podrían resultar en la extensión de sus comercios y que así en la referida corte se estaba habilitando una fragata de 14 cañones (y aún capaz de montar muchas más) alagados los ánimos de esta esperanza. En esta intiligencia se hace cargo S. M. de los innumerales perjuicios que dimanarían a su real servicio y la quietud de estas provincias con otras graves consecuencias que para lo sucesivo se ofrecen a toda prudente consideración y así mandó se armase una embarcación nuestra que hiciese el reconocimiento de las dichas islas y de todas estas costas del Sur y que si se encontrase algún buque de nación extranjera se le aprendiese en cualesquiera lugares y caletas que se hallasen en estos mares. Dispuso S. M. se poblase la isla de Juan Fernández, poniéndose la guarnición respectiva sobre que dilátadamente se manifiestan todas las líneas conducentes a semejante proyecto, encargando se practicase diligencia con la brevedad posible, así por mi antecesor como por el presidente de Chile" (11).

José Toribio Medina, de manera muy parecida a Vicuña Mackenna, quien a su vez se apoya en el texto del virrey Amat, describe al grupo de colonizadores: "partió de Concepción, el día 11 de Marzo de 1750, la fragata Las Taldas, llevando a bordo 62 individuos de tropa, 171 colonos entre hombres y mujeres y 22 venados, todos al mando de don Juan Navarro de Santaella. Entre aquellos pobladores se contaban dos capellanes, 1 cirujano y el ingeniero Sobrecasas, que llevaba la especial comisión

(10) F. Astaburuaga, Diccionario Geográfico de la Rep. de Chile, pág. 344, 2ª Ed. 1899.

Luis Riso Patrón, Diccionario Geográfico de Chile, pág. 276, Imp. Universitaria, 1924.

(11) Citado por B. Vicuña Mackenna, ob. cit., págs. 271, 272.

de levantar el plano de la isla que era solo conocido hasta entonces por la descripción que de ella había hecho y divulgado el capellán del navío Centurión, de la escuadrilla de Anson y el que los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa habían incorporado en su "Relación del viaje a la América Meridional", impresa en Madrid en 1748, ambas de utilidad sin duda, pero forzosamente incompletas por no haberles sido dado a sus autores levantar los respectivos planos con conocimiento cabal del terreno, y por métodos verdaderamente científicos. Tal omisión que era la que debía salvar Sobrecasas, a la vez que desde luego, se ocuparía de la construcción de uno de los fuertes que había que levantar" (12).

A propósito del nombre del buque, Vicuña Mackenna dice que el barco colonizador "que hacía en el Pacífico los oficios del arca de Noé" se llamaba Las Caldas y no Las Taldas como acabamos de ver que lo nombra Medina.

La historia del fuerte y los planes de su restauración han sido bien estudiados por Patricio Morel, y por lo tanto nosotros no insistiremos en este tema.

Parece importante, en cambio, saber qué ocurrió con esta segunda colonización, la primera en importancia, que encabezó el oficial español don Juan Navarro de Santaella.

El ingeniero Sobrecasas nos relata los primeros acontecimientos, de carácter catastrófico, que vivieron los primeros colonos, marcando para siempre su rasgo psicológico más sobresaliente: deseo de superación de las adversidades y confianza en sus propias fuerzas.

"La población se puso al principio en la playa del puerto principal, por dictamen de su propio gobernador don Juan Navarro, pero el Ingeniero que esto escribe, aunque no tenía experiencia en estas costas, por solo haber oído decir que solía salir el mar en ellas se subió sobre un cerro donde había una capaz explanada, donde puso su pabellón para vivir; a éste siguieron algunas familias que formaron allí sus casas y tuvieron allí la fortuna de que en la salida de mar de la noche del 24 al 25 de Mayo del año de 1751 no padecieron los estragos que los que estaban abajo y aun fue providencia de Dios ésta, pues los que escaparon de los que estaban abajo, subiéndose arriba hallaron el consuelo de tener dónde poder refugiarse sus desnudos cuerpos y alentarse de tanto trabajo, pues fue tan impetuosa la salida, que no dejó de la población de la playa más señal que aquí estuvo, subiendo las aguas sobre los cerros que hacen oposición al mar, sobre cincuenta varas en alto, pagando el Gobernador con la vida el gusto que había tenido de ver casi formada la población en un lugar que por su dilatación y hermosura le pareció más apto para su formación" (13).

Junto al Gobernador murió su mujer, doña Antonia del Solar, sus hijos, y alrededor de 40 personas.

El caserío volvió a asentarse algo más al Oeste en un sitio que no alcanzó a inundar el mar en su salida y comenzó a construirse una fortaleza hacia el Sur-Oeste, a una altura de aproximadamente 40 mts.

(12) José Toribio Medina, Viajes Relativos a Chile, T. I., pág. 172. Fondo histórico y bibliográfico J. T. Medina, Santiago, 1962.

(13) Juan Francisco Sobrecasas, "Isla de Juan Fernández", págs. 177-178. En J. T. Medina, Viajes relativos a Chile, T. I., Stgo., 1962.

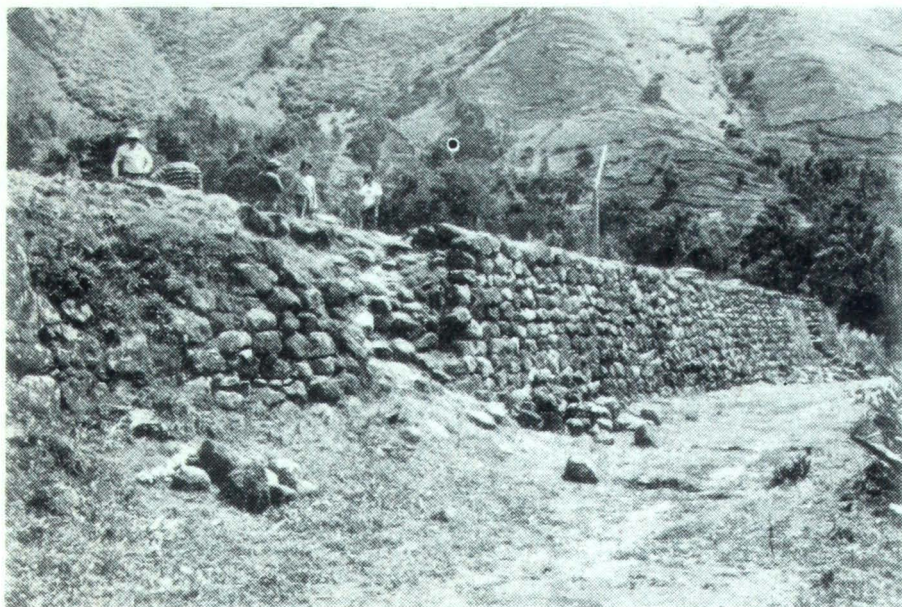


Foto 7. Trabajos de restauración de la muralla norte del fuerte Santa Bárbara.

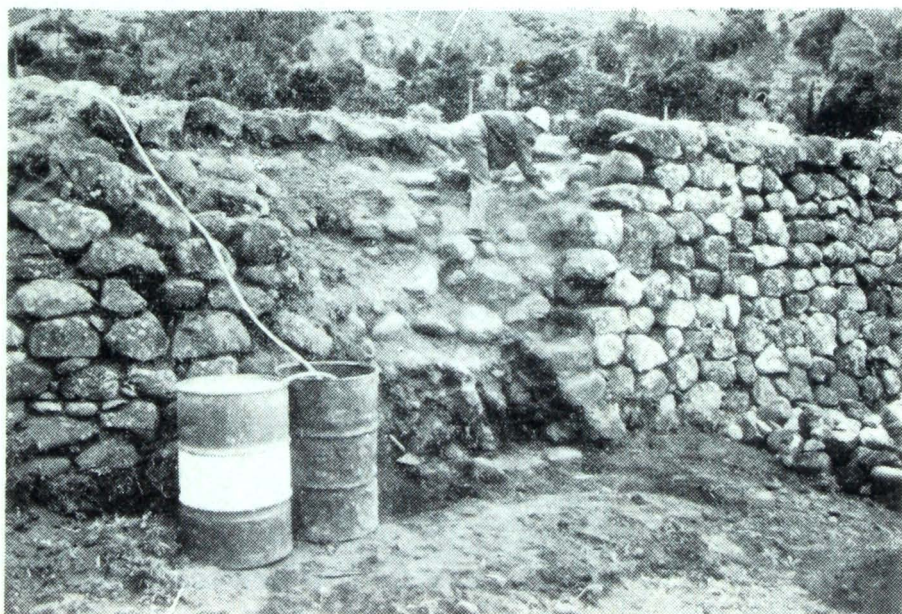


Foto 8. Detalles del trabajo de restauración.



Foto 9. Estudiantes del Depto. excavando la 2ª muralla del fuerte.

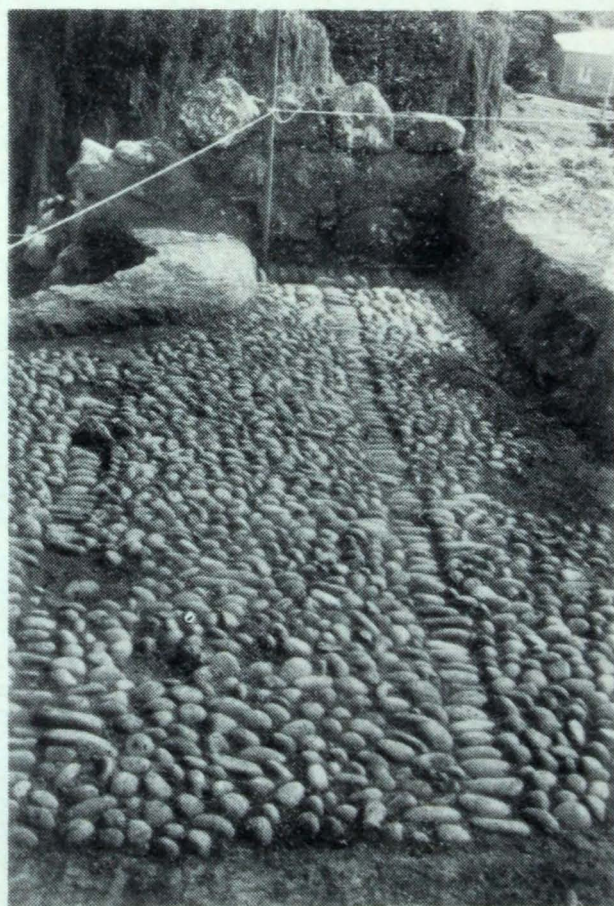


Foto 10. Luego de la excavación aparece un piso de huevo en el lado occidental del fuerte.

Sobrecasas, el ingeniero, autor de estos primeros trabajos, en su "Relación ortográfica, físico-médico y matemática de la isla de San Juan Bautista, alias de Juan Fernández", dice que el puerto de Juan Fernández tiene "una batería de nueve cañones hecha a lo natural sobre una eminencia que domina toda la bahía, de modo que es imposible, jugando la artillería, pueda acercarse navío alguno, aunque venga toda la Inglaterra junta" (14). Como la relación del ingeniero debió ser escrita por lo menos en 1751, queda claro que ya en esta época habían dos baterías importantes, una situada muy probablemente donde hoy día están las ruinas del Fuerte Santa Bárbara y otra en el puerto El Inglés. Aquí, también Sobrecasas dice que hay "batería de 4 cañones puestas en una eminencia que domina mucho mar".

Aunque otro trabajo de este mismo libro discute la historia del fuerte y de las otras baterías, nos parece a nosotros que según lo expuesto por Sobrecasas este no construyó nada monumental, y por lo tanto es correcto pensar que fueron los continuadores de Sobrecasas los que levantaron la mayor parte de los muros y demás construcciones. Es seguro que antes de 1764 (año del levantamiento del fuerte efectuado por el ingeniero Birt) existían estructuras monumentales pues se ha encontrado una piedra con una inscripción. Esto lo sabemos por una información entregada por Oscar Viel (15), quien reproduce el texto latino, siendo en parte diferente de la transcripción que da Vicuña Mackenna (16).

Dice Viel "En 1761, Carteret encontró la isla desierta i sin duda en el año siguiente fue nuevamente ocupada por los españoles, pues una piedra que ha sido cojida por el que suscribe i sacada de las ruinas del antiguo fortín, lleva esa fecha".

La inscripción dice:

CAROLO PLVS VLTRA FRAETA HA
BENTE MOENIBVS SCEPTRVM
ORBIS QVE VLTRO CINCVNTUR
VI — REGIS AMAT IVSSV
GVBERNAE DEMMAE AE IV IDVS OCTA

(MDCC LXII)

El propio Virrey Amat confirma que algo pasó en la isla entre 1761 y 1762: "Con motivo de la guerra con la nación inglesa el año de 1762 el presidente de Chile (Gonzaga) intentó despoblar dicha isla de que me dio noticia; pero yo le previne la reforzase con una compañía de mas guarnición, remitiéndole de nuevo pólvora, balas y otros pertrechos conducentes a una rigurosa y esforzada defensa de que di cuenta a S. M. en

(14) Sobrecasas, ob. cit. pág. 177.

(15) Comandante de la corbeta Chacabuco, quien informó en 1877 de su viaje a las islas de Juan Fernández. El documento del señor Viel nos fue entregado por Max Ruh.

(16) B. Vicuña Mackenna, ob. cit. pág. 280.

carta de 15 de Noviembre de 1763, mereciendo estas mis providencias su real aprobación . . . ” (17).

Producto de este reforzamiento debe ser la piedra con la inscripción latina, encontrada entre las ruinas (18).

Cuatro años más tarde el navegante inglés Carteret entró a la bahía de Cumberland, en Mayo de 1767 y da interesantes informes acerca del número aproximado de habitantes, casas y su distribución alrededor del fuerte; vio “un número considerable de hombres en la ribera y 4 cañones al borde del agua y a unos 300 mts. de la costa un fuerte construido en la pendiente de un cerro con la bandera española, rodeado de murallas de piedra y adentro barracas para la guarnición y alrededor de 20 a 30 casas de varias formas; y también vimos ganado en las colinas que nos parecieron cultivadas” (19).

Las observaciones del inglés Carteret sobre el fuerte indican que antes de 1767 éste había sido construido definitivamente.

Cuando el Ingeniero Extraordinario Don José Antonio Birt visitó la isla, levantó el plano de la isla y de la fortificación principal.

Este plano que es analizado en detalle en otro trabajo, muestra sectores destruidos en la muralla norte y oeste, lo que demuestra que antes de Birt, es decir, antes de 1764 había algún tipo de construcción significativa. Es muy probable que bajo la gobernación del capitán de artillería don Manuel de Castel Blanco (1752 - 1758). Se hayan efectuado algunas obras importantes incluyendo algunas barracas para la tropa.

Pocos años más tarde tenemos nuevas informaciones sobre la población, tipos de habitaciones y de estructuras en general.

Es Haenke quien en 1793 escribe que la isla se caracteriza por el presidio “que es la única población que tiene . . . hacia la parte norte en una loma que hace un buen escarpe sobre el cual está la explanada de piedra laxa y de un pie geométrico de altura de 4 varas de distancia de chaza a chaza para montar la artillería”.

Luego Th. Peregrinus Haenke cuenta la historia del poblamiento, como la población se construyó muy inmediata “a la marina” y fue destruida por el gran terremoto del 21 de Mayo de 1751. Parece necesario reparar inmediatamente en el cambio de fecha, que hace nuestro autor, del cataclismo ocurrido verdaderamente el 25 de Mayo de 1751.

A continuación Haenke escribe: “entonces se mudó al lugar en que subsiste y libre de semejantes inundaciones y se construyó como plaza de Armas con almacenes para la pólvora y otros pertrechos de guerra, cuartel para los desterrados, calabozos, Iglesias y los edificios necesarios para el Gobernador, los curas y pobladores, tiene también un muelle en frente de la Artillería que sirve para estos y un gariton en que se mantie-

(17) Citado por Vicuña Mackenna, ob. cit. pág. 277.

(18) La profesora de latín Noelia Torres C. sugiere la siguiente traducción, a pesar del texto corrupto: Teniendo Carlos más allá del mar el cetro del mundo: que se rodee con murallas hacia el otro lado por orden del virrey Amat (de la casa de gobierno (?)) 10 de Agosto 1762.

(19) Citado por F. S. Astaburuaga, ob. cit.

nen 6 hombres, 1 artillero y 1 cabo para que vigilen la marina . . . cuando dejamos nosotros aquellos mares quedaban tres baterías prontas a servir en cualquier circunstancia, una de ellas es de bastante elevación y está construida de piedra y rebocada con cal . . . ” (20).

En este tiempo según Haenke la colonia de la isla estaba formada por 300 personas y había en ella 20 matrimonios. La dotación militar contaba de una compañía de tropa compuesta de un capitán, un teniente, un alférez, un sargento, dos cabos, 45 soldados, dos capellanes, 1 cirujano, 1 barbero y 1 tambor.

Seis años más tarde, en Marzo de 1799, el gobernador de la isla don Fernando Amador escribe una carta “al ilustre señor capitán jeneral don Joaquín de Pino” en donde señala las necesidades de tropa, sobre todo porque hay en la isla sólo “doscientos diez hombres de poca instrucción”. Reclama el gobernador Amador un número de 400 a 500 hombres con sus correspondientes oficiales para cubrir los diferentes puntos estratégicos y vivir seguros.

Los problemas de abastecimiento de la isla eran graves y con muchas dificultades se lograba enviar algún barco con víveres, municiones y otros materiales. Muchas veces el barco enviado debía regresar a pesar de tener a la vista la isla, debido a los furiosos temporales.

Don Antonio de Andrés Pérez contaba así en 1778 al señor Mariscal de Campo don Agustín de Jáuregui su empresa, indudablemente difícil, de aprovisionar la colonia situada en el Pacífico, a más de 600 kilómetros del continente.

“Señor:

“En cumplimiento de mi obligación noticia a US. el feliz arribo de la fragata de mi cargo nombrada el Fuerte oy 26 del que corre, la que condujo el cituado a la isla de Juan Fernández por orden superior de US. i por defecto del navío el Valdiviano. En cuia penosa navegación, solo tengo que poner en la alta consideración de US. los muchos menoscabos que se han experimentado con los furiosos uracanes de viento, resistidos en un costado débil como es de dicha embarcación de mi cargo; pues habiendo salido esta intacta oy la veo toda desguarnecida, y haciendo unas aguas bastantemente considerables, con pérdida de tres amarras nuevas, colchadas en este puerto y casi todos los cabos de cañón destrozados, como que han resistido las interperies (sic) del tiempo tan calamitoso. Pero por la misericordia de Dios me veo ya en este puerto remediándome lo mejor que puedo a fuerza de gastos (que no lo pensé). Pues con el motivo de haberseme cortado en tres ocasiones las amarras principales estando fondeado en dichas islas nos vimos ya a término de sin remedio naufragar; pero habiéndole hecho una manda a la Serenísima madre y señora nuestra del Rosario, milagrosamente nos libró del manifiesto escollo en que por tres ocasiones nos hemos visto.

“I esto lo atribuyo talvez en mucha parte, a los clamores y aflicciones con que gemían aquellos miserables aflijidos presidiarios por el sororro que tanto necesitaban, habiéndoles encontrado todos macilentos y casi muriéndose de vencidos, haciendo muchos días que aquí solo se man-

(20) Thadens P. Haenke: Descripción del Reino de Chile, pág. 73 Ed. Nascimento Stgo. de Chile, 1942.

tenían de carne cada 24 horas, sin tener sal con que cosinarla mucho, menos pan con que comerla, obligándoles la necesidad a medio sustentarse con raíces de árboles.

“Yo desde luego doy por bien empleados los trabajos pasados por haber sido redemptor, aunque no inmediato (pues la primacía en todo se le debe al celo magnánimo y liberal corazón de US.) de tantas calamidades y necesidades como se han remediado con el arribo de la fragata de mi cargo, pues conozco que aunque el avio de ella ha sido enteramente perdido en esta negociación con quebranto formal en el casco de su embarcación, pérdida de amarras, cabos de cañón, y lo que es más la barca enteramente quebrada i desguarnecida que para el trabajo que intenta hacer de mi destino me es preciso de bararla y enteramente carenarla. Todo señor lo tengo a menos que hubiera sido, el ver perecer aquellos infelices. Haciéndome cargo que la justificación de US. no dejará sin justo compensativo al que ha sido tan observador con sus intereses a los preceptos de US.

“Y es cuanto ocurre y mientras logro otras órdenes de US. pido a Dios nuestro señor prospere por dilatados años la importante vida de US. Somos oy 26 de Julio de 1778” (21).

Los ejemplos se pueden multiplicar, y así lo hacen varios historiadores, pero tal vez sea más significativo recordar la ansiedad de hoy de los miembros de la comunidad de la isla cuando los barcos por alguna razón retrasan su llegada. O mejor, expresado de manera contraria, muchas veces observamos en los habitantes rostros alegres, o calma serena, al contemplar el barco junto a ellos, en la bahía de Cumberland.

Los mismos problemas, la misma soledad, el aislamiento, el deseo de aproximarse al continente por cualquier medio y luego de regresar a la isla. Huida y reencuentro con el extenso peñón volcánico, conformando así una mentalidad típica que desde el siglo 18 hasta hoy día une los destinos de la comunidad de pescadores.

En los últimos años del siglo XVIII, gobernando Don Ambrosio O'Higgins a Chile, las islas de Juan Fernández recibieron la visita de pescadores de lobos y de ballenas, y los encuentros entre los balleneros ingleses y norteamericanos y los habitantes de la isla de Más a Tierra fueron variados y muchas veces anecdóticos. En verdad lo que nos interesa a nosotros es conocer el poder de reacción de la comunidad isleña y su poderío bélico en el siglo XVIII. Así es interesante lo que le sucedió a la fragata norteamericana ballenera Penélope cuando llegó a la isla en 1789.

La entrada de la fragata fue recibida con disparos de cañones, y posteriormente se detuvo a toda la tripulación incluyendo a su capitán Juan Worth.

Sin embargo, muy pronto España y Gran Bretaña firmaron tratado de amistad y la isla recibió sin problemas a los pescadores que hablaban inglés, sin distinguir si eran ingleses o norteamericanos.

Juan Calvo de la Cantera, Gobernador de la isla, mandó la siguiente carta a don Ambrosio O'Higgins, dándose por enterado de la nueva situación política internacional:

(20) Tradens P. Henke: Descripción del Reino de Chile, pá. 73 Ed. Nascimento
(21) Citado por B. Vicuña Mackenna, Ob. cit. págs. 292-293.

“Quedo enterado de lo resuelto por su Majestad en su real orden del 25 de Marzo de este año, en que manda se dé abrigo a los buques ingleses en los Puertos de España y que a los navíos de esta nación, así de guerra como Mercantes, procedentes de Jilbraltar, se le exima de la cuarentena antes establecida i de la buena armonía que deben guardar unos con otros, auxiliándose recíprocamente los de la citada nación, con los de la nuestra por su propia seguridad”. (22).

Era sin duda una situación novedosa y a veces difícil de explicar entre los españoles y habitantes de Chile y en especial de los de Juan Fernández. El nacimiento de su comunidad, en medio del Pacífico, se había debido a la necesidad ineludible de defenderse sobre todo de los ingleses y como consecuencia de lo anterior impedir el asalto de los puertos de Chile y del Perú. La llave que abría toda la costa del Pacífico era la isla de Más a Tierra y no podía ser entregada a los enemigos de España.

Gracias a estos tiempos de paz, tenemos la información de un oficial inglés de la Marina de Guerra que visitó la isla en 1792. Nos refiere que habían cuarenta casas medianamente confortables y que “las mujeres eran cariñosas y vestían vistosos faldellines como en los pueblos más adelantados del continente”. Llamó la atención de Juan Moss el crecido número de niños que retozaban en el campo o en la playa.

Había también en la isla iglesia y hospital.

Comenta Encina que hasta 1831 todos los edificios eran de techo de paja (23).

Así toda la información coincide en que en la isla hay un número importante de habitantes, independientemente de los deseos de los gobernadores por verlo aumentado, que viven especialmente de los productos del mar, bien defendidos por diferentes baterías y sobre todo por el importante fuerte de Santa Bárbara que domina orgulloso todo el poblado y la Bahía de Cumberland.

Esta población fué bajando en número en forma ostensible en el siglo 19 por diferentes razones (políticas, tensiones sociales, terremotos), incluso hubo períodos cortos de abandono casi total, tanto es así que cuando en 1877 la corbeta Chacabuco llegó a la isla llevando entre sus pasajeros a Alfredo de Rodt, en ella sólo habían 64 habitantes”, de ellos 29 hombres, 13 mujeres, 11 niños varones e igual número de mujeres, todos menores de ocho años”. Esta información proveniente de Oscar Viel que ya hemos citado anteriormente, muestra objetivamente el descenso demográfico de la isla en el siglo 19. La impresión de Viel en 1877 sobre la isla y el estado del poblado es lamentable: “En efecto, cuando era posesión española, constaba con 800 cabezas de ganado i sus pobladores, que no debían ser en mui reducido número, construyeron un fortín, iglesia y otros trabajos diversos, de los cuáles continuó el Gobierno de la República en posesión edificando a su vez nuevas posesiones. De todo ello sólo quedan tres casitas de tabiques de barro i techo de madera pero en tal mala condición, que solo la necesidad puede hacerlas ocupar”.

(22) B. Vicuña Mackenna, obra citada, págs. 362-363.

(23) Citado por F. Encina. Historia de Chile. T. V. Ed. Nascimento, Santiago, Chile.

“Las cuevas que en otro tiempo sirvieron de depósito para los prisioneros deportados a la isla, se encuentran también derrumbadas i llenas de filtraciones. Existen además otros siete pequeños ranchos de paja, diseminados en diversos puntos de la isla, los cuales el ex-arrendatario señor López, espuso pertenecerles i que no son por cierto construcciones que puedan tomarse en consideración”.

Será Alfredo de Rodt “quien ios ha animado haciéndoles halagüeñas promesas” el que iniciará el nuevo surgimiento de la isla y de su poblado. Ya en 1905, como lo relata Max Ruh, la isla tiene 122 pobladores, 22 familias y hay 41 casas. Hoy en día la cifra superior a los 500 habitantes muestran una comunidad pujante, con serios problemas como los descritos por los antropólogos en el trabajo final de este libro, pero que indudablemente desarrolla sus actividades sin sobresaltos, viviendo con un ritmo de tiempo diferente al nuestro.

Quedaron atrás los corsarios y piratas; el aislamiento, aun siempre presente, cada día pierde terreno, y la solaridad de los isleños, en primer lugar con ellos mismos, y del país entero con la isla, hace irreversible su futuro.

Juan Fernández, el piloto mayor de la mar del Sur, el capitán Sebastián García, los primeros colonizadores del siglo XVI y luego los del siglo XVIII son el pasado que alienta la vida presente de la comunidad de pescadores de la isla Robinson Crusoe.

Por último, aunque en forma muy breve, hay que preguntarse por la posibilidad de un poblamiento prehispánico en las islas de Juan Fernández.

De acuerdo a las investigaciones de campo no hay hasta el presente evidencias objetivas que permitan postular tal hipótesis.

Sin embargo, sí hay restos de cerámica encontrados en el estrato que corresponde al siglo XVIII. y, por lo tanto, asociados a la ocupación española. Estos fragmentos de cerámica nos recuerdan la cerámica mapuche histórica.

Es también muy probable que algunos aborígenes hayan viajado a la isla de Más a Tierra acompañando a los primeros colonizadores y dejen testimonios de su cultura.